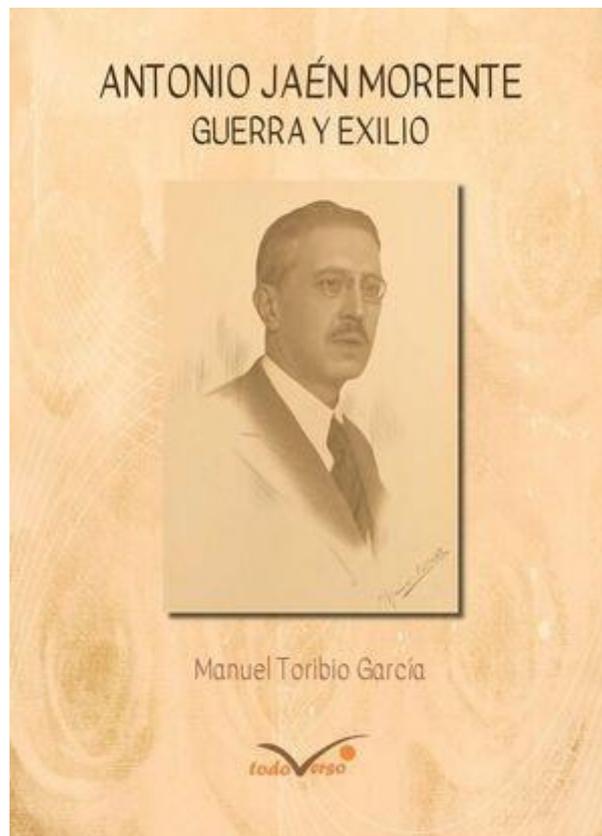


TORIBIO GARCÍA, Manuel: Antonio Jaén Morente. Guerra y exilio. Córdoba: Editorial Todoverso; 2023.

Juan Mainer Baqué

Historiador y miembro de *Fedicaria*



MEMORIA DEL ANTIFASCISMO EN TIEMPOS POSTFASCISTAS A propósito de un nuevo libro de Manuel Toribio sobre Antonio Jaén

Antonio Jaén Morente: guerra y exilio (Todoverso, 2023), la más reciente producción del prolífico *jaenista* Manuel Toribio García, es una aportación sustantiva para el conocimiento de la trayectoria bioprofesional del que fuera uno de los intelectuales-políticos más fecundos, desconocidos y preteridos que aportó Andalucía —y no fueron pocos— a la época más brillante de la cultura

española del pasado siglo. Un periodo, el de la llamada Edad de Plata, que, pese a su ingente producción y acumulación de bienes y documentos de cultura, no dejó asimismo de alumbrar, tal como se puso de manifiesto tras la guerra española del 36, el horror de una *violencia indómita* y de una brutalidad sin tasa.

La intelectualidad española de aquel inagotable primer tercio de siglo XX se forjó y maduró como tal, en el seno de una sociedad profundamente oligárquica y misógina y en el convulso contexto de la llamada *guerra civil europea* (1914-1945). Ante el ascenso del fascismo en la mayor parte de Europa, las opciones políticas progresistas, democráticas y republicanas respondieron congregándose alrededor de plataformas comunes y recurriendo a estrategias que tuvieron al antifascismo como centro de gravedad. Un significativo sector del mundo de la inteligencia se vio impelido a abandonar el olímpico ensimismamiento de la erudición, propio de una selecta aristocracia del pensamiento que fantaseaba con la posibilidad de guiar al pueblo bajo el dictado de valores universales no partidistas, para comparecer ahora en el espacio público como un nuevo tipo de *intelectual moderno*, comprometido y vinculado a las poderosas corrientes que aspiraban a superar el marco institucional heredado de la tradición liberal. Ciertamente, la guerra española acabó por desgarrar la inequívoca sutura progresista que había unido a las gentes de la cultura y el arte, que habían cabalgado al unísono y a la cabeza a la hora de la implantación de la República, el 14 de abril de 1931, pero que acabarían sucumbiendo a los aires políticos de las radicales contradicciones políticas que sacudieron a la España de entonces.

Así pues, pensar la intelectualidad española de las tres primeras décadas del siglo es hablar de la crisis y postrer fracaso de una selecta y elitista pléyade de profesionales demócratas, arquetipos de eso que se dio en llamar con todo razón *clase media de la cultura*. Fue el naufragio de un espacio social de acción, de producción de bienes simbólicos e influencia política —un *campo intelectual*, siguiendo la acertada conceptualización de Pierre Bourdieu—, que tuvo su momento álgido en los últimos años de la dictadura primorriverista y su canto de cisne durante la Segunda República. Un *campo* que contó con una nada despreciable nómina, hegemónicamente masculina, de catedráticos de segunda enseñanza, en la que Antonio Jaén Morente ocupó lugar destacado junto a otros colegas de escalafón, todos ellos pertenecientes a la *generación del 14*, como Francisco Barnés Salinas, Leonardo Martín Echevarría, Rubén Landa Vaz, Juan Bonet Bonell, Enrique Rioja Lo Bianco, Juan Carandell Pericay, Ramón Díaz-Delgado Viaña, José Gaos y González-Pola, por citar únicamente quienes, como él, compartieron, desde un azañismo más o menos militante, el amplio influjo del institucionismo y el compromiso político con la reforma educativa liberal-socialista republicana, para terminar conociendo el infame agravio de la expatriación y el desarraigo.

Precisamente el pequeño volumen que aquí nos ocupa contiene y da cuenta de una valiosa miscelánea de textos, acertadamente hilvanados y glosados por su autor, que transitan entre el relato breve —tres folletos respectivamente titulados *Marruecos, una escuela sin maestro (lo mataron)*; *Galicia mártir. Estampas de Castelao*; y *Reus. Una juventud, una espada*, publicados hacia 1937 bajo el marbete *Estampas de guerra*— y el género

epistolar —cartas de ida y vuelta, añorantes y desesperadas, de un exiliado con otros compatriotas de extrañamiento americano—; pasando por el testimonio forzado —sobrecoge pensar el contexto en que el yerno del historiador y americanista cordobés, Juan Leese Gorrell, hubo de redactar su particular *pliego de descargos*¹ (pp., 60-76) ¡en el París de 1953!—, y la proclama despechada aunque esperanzada —*Un hogar para la Historia de España*— escrita por el que no en vano fue uno de los más relevantes discípulos de Rafael Altamira y Crevea, con una prosa castellana resplandeciente que en tantos aspectos nos recuerda al mejor Manuel Azaña.²

Sin duda, el conjunto de documentos que presenta y anuncia este libro contribuye a recomponer los hitos de aquella derrota, que, en buena parte, lo fue de toda una generación de hombres y mujeres —estas últimas, preciso es decirlo, despreciadas antaño e ignoradas y silenciadas hogaño—, que apostaron con denuedo por poner el conocimiento y la búsqueda de la verdad al servicio de la mejora de la vida social. Un anhelo que únicamente podía

¹ Pese a lo que erróneamente pueda pensarse, ni los métodos ni el propósito del extrapenal y antijurídico proceso de desinfección / depuración ideológica que llevó a cabo la dictadura franquista (y otros fascismos europeos) entre los funcionarios del Estado entre 1936 y 1966, en nada difirieron de los desplegados por el *macartismo* y el Comité de Actividades Antiamericanas en plena *Guerra Fría*. La lectura del Expediente de Depuración de Antonio Jaén Morente (custodiado en el Archivo General de la Administración (AGA), caja 32/16756), privado, por razones obvias, de *pliego de descargo* alguno, constituye un singular ejercicio literario al servicio del infundio y la vesania; y entre aquella ciénaga de papeles inculpatorios sobresale por su particular bajeza el testimonio del excompañero de claustro, falangistón y catedrático de Filosofía, Perfecto García Conejero, designado a la sazón nuevo director del Instituto cordobés.

² El texto en cuestión maneja con soltura un concepto de *Hispanidad* que enlaza plenamente con el acuñado por Miguel Unamuno a principios de siglo y desarrollado, entre otros, por el gran jurista e historiador americanista alicantino Altamira. Un concepto situado años luz de la mucho rancia e imperialista visión totalcatólica que comenzará a nutrirse en los años veinte de la mano de José María Salaverría o Ernesto Giménez Caballero y que terminará fraguando a mediados de los treinta en la inefable *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu. Una concepción de *Hispanidad*, por cierto, que lejos de haber sido superada, parece ahora reverdecer sin complejos en el contexto del revisionismo historiográfico que padecemos a manos de plumas diletantes y superventas como la de Elvira Roca Barea.

materializarse merced a la puesta en marcha de un proyecto educativo laico y (supuestamente) coeducativo, libre de cualquier tutela eclesiástica o privativa, que, en puridad, se reconocía directo heredero de la *mejor* Ilustración europea. Con toda razón sus adalides recibieron el sobrenombre de *apóstoles de la razón* o *mensajeros de la Ilustración* y, tristemente, en su nombre merecieron la condena y la persecución sin paliativos a manos del *fasciocatolicismo* que convirtió España en una gran *necrópolis de maestros*.

Si se me permite, terminaré esta breve reseña defendiendo la idea de que la biografía generacional de ese prolífico y contradictorio ramillete de *apóstoles de la razón* entre los que se encontraba Jaén Morente no sólo está por hacer sino que, posiblemente, sea hoy, cuando una nueva ola de anti-intelectualismo se enseñoorea y ampara bajo el manto de una derecha política *posfascista* —utilizo el término ideado por Enzo Traverso—, procaz y grosera..., más necesaria que nunca. Necesitamos comprender desde el presente a todas y todos aquellos personajes en su complejidad sin eludir el peso de sus contradicciones, los límites derivados de su condición (de sexo y clase social) y de la estructuras que les estructuraron... Y para esta finalidad, trabajos como el que nos ocupa y otros asimismo impagables que nos ha ido regalando Manuel Toribio³, constituyen piezas indispensables a los efectos de ir componiendo el puzle que dé cuerpo a esta tarea metabiográfica que reputamos urgente.

³ Destaco por su relevancia la acertada edición y estudio introductorio de la tesis doctoral de Antonio Jaén, publicada por el Ayuntamiento de Córdoba en 2022 y, por supuesto, *Antonio Jaén Morente. El límite imposible* (Córdoba, 2013) y *Antonio Jaén Morente. Hijo Predilecto de Córdoba. Biografía ilustrada* (Utopía Libros, 2016).

El de biógrafo no es mester precisamente sencillo de practicar. En un arrebatado de rara lucidez, Freud afirmó que quien se hace biógrafo se obliga a la mentira, a la hipocresía, a la idealización y a la disimulación de su propia incompreensión. No le faltaba razón. Si bien se mira, más allá de su imposibilidad epistemológica, toda biografía es una ilusión vana por cuanto pretende un imposible: reconstruir una suerte de *yo verdadero*, una supuesta identidad unitaria capaz de proyectar hacia afuera su esencia e interioridad, algo que, contra la creencia generalizada, sencillamente no existe y, por ende, resulta empeño de todo punto improcedente. Con todo, la tentación es ubicua y alargada: necesitamos mitos y vidas ejemplares. De hecho, el género prosopográfico —que se ocupa de estudiar la biografía de una persona en tanto que integrante de un grupo social— de larguísima data y hoy muy en boga en la historiografía, pocas veces ha dejado de sucumbir a la construcción de esa ilusión retórica que son las historias de vida: al embaucamiento de pensar al biografado como una identidad sólida, sin fisuras, que se despliega en su desarrollo histórico, encarnando con frecuencia valores y virtudes dignos de recuerdo, ejemplo y emulación, y al embeleco de concebir la vida de aquel como un camino con sentido, orientado a un final, que puede escribirse con erudición, buen estilo literario y algunas dosis de penetración psicológica.

Afortunadamente no es este el caso del profesor Manuel Toribio García y ello pese a la más que razonada y explícita admiración que la figura de Antonio Jaén le ha venido suscitando durante los más de 20 años que viene dedicando a indagar sobre el devenir del historiador cordobés. Y es que en mi opinión, digámoslo de una vez, Toribio no ha pretendido nunca erigirse en

biógrafo del cordobés. Su encomiable trabajo ha sido más el propio de un eficaz y discreto arqueólogo-exhumador y transcriptor de documentos que nos han permitido recomponer el sentido de una existencia devenida en retazos y jirones por mor de la violencia del ostracismo y condenada después al olvido merced al vergonzante pacto de silencio tejido tras la muerte del dictador. Hora es ya de recuperar esas memorias, la de Jaén y la de sus compañeras y compañeros de viaje y de derrota; antes de que sea demasiado tarde y de nuevo el tsunami postfascista nos gane definitivamente la partida.